

LA ECONOMÍA YA NO ES LO QUE ERA

GERMÀ BEL

(PUBLICADO EN EL PERIÓDICO, 15 DE JULIO DE 2002)

También en este terreno habrá que rebajar la fe en los milagros. Al menos, en ese “El milagro soy yo”, con que Aznar explicaba aún hace poco la excelente evolución de la economía desde 1996, en un contexto internacional muy favorable. Pero desde 2000 el estancamiento de las principales economías nos ha afectado, y ni siquiera los poderes de Aznar han podido evitar la caída de nuestro crecimiento. Es normal. Una economía tan abierta al exterior como la española es sensible al ciclo internacional; para lo bueno cuando éste va bien, y para lo malo cuando va mal.

Ahora la economía está al ralentí. Quizás hayamos tocado fondo, como dice el gobierno, pero nada indica que nos vayamos a recuperar enseguida. Sin embargo, el gobierno actúa como si nada hubiese cambiado. La obsesión con el déficit cero en cualquier circunstancia (ya saben, cómo si una familia sólo pudiese comprar una vivienda cuando sea capaz de pagarla al contado) dominó los Presupuestos para 2002, y esto impidió la adopción de políticas más adecuadas. Ahora el gobierno espera que escampe, con una rápida recuperación de las grandes economías desarrolladas, pero ésta no muestra signos de rapidez.

Mientras tanto, algunos problemas cotidianos empeoran. Primero el paro. Entre junio de 2001 y junio de 2002, el paro ha crecido en 107.000 personas. Es la primera vez que esto sucede en muchos años, y es la razón básica de la intempestiva reforma laboral. Ante un escenario de aumento del paro el Gobierno quiere evitar gasto en prestaciones por desempleo, y recorta derechos económicos y sociales. Y sobre todo, esta reacción del gobierno rompe la dinámica de acuerdo y diálogo social, base fundamental de la reciente etapa de expansión económica.

A la vez que cae el crecimiento y aumenta el paro, la inflación está fuera de control. La tasa interanual del IPC en junio ha sido del 3,4%, casi el doble del objetivo del gobierno. El diferencial con los países de la UE se ha disparado hasta un punto y medio, el mayor en muchos años. Y, lo que es aún peor, la inflación subyacente (o inflación sin excusas), la de carácter más estructural, está en el 4,1%. Todos los agentes económicos y sociales llevaban tiempo expresando preocupación por el descontrol de los precios, y sus perjuicios para las familias y para el tejido

productivo. Pero aún ahora el gobierno se muestra satisfecho de la marcha de la inflación, y afirma que estamos instalados “en la estabilidad de precios”.

Claro que es difícil que el gobierno acierte en el diagnóstico porque esto implicaría reconocer los errores de su política. Primero, casi un punto del aumento del IPC se debe a los recientes aumentos de impuestos indirectos y tasas. Segundo, el descontrol de los precios refleja el fracaso de la política de liberalización predicada por el gobierno. Ese fracaso ha impedido que la introducción de competencia discipline los precios. Y esto lo pagan los consumidores, y lo disfrutan algunas empresas con poder monopolístico. Tercero, ya se manifiestan las consecuencias de la debilidad de la productividad de la economía. Estamos en la cola de Europa, con Grecia y Portugal. Seis años de tacañería presupuestaria para educación e infraestructuras, y de falta de fomento real de la investigación e innovación venían hipotecando nuestro futuro. Ahora el futuro ya está aquí y empieza a pasar factura.

La única acción del gobierno ante este cuadro es insistir en que volverá a bajar el IRPF. Pero, en su conjunto, los impuestos pagados por los españoles han crecido en los últimos años. Así lo señalan los organismos internacionales y así lo sabemos todos. Por un lado, porque aún está fresca en la memoria la reciente subida de impuestos indirectos y tasas. Por otro, porque desde 1999 ha aumentado la presión fiscal por IRPF, al no haber corregido el impuesto de acuerdo con la inflación. Ahora, el nuevo cambio del IRPF es poco más que una actualización del impuesto, y para la mayoría no llega ni a eso. Eso sí, una vez más la bajada para las ganancias del capital sí será real. Un nuevo truco, y de efectos distributivos regresivos. En fin: recetas viejas para una economía que ya no es la que era.